

Manuel Díaz Martínez

ENTREVISTO

por Rafael Alcides

Llego a casa de Manuel Díaz Martínez, donde ya no está Ofelia ni están las niñas que corrían en el patio lleno de luz y de plantas que comunicaba con la sala, ni están los perros que venían a escuchar la conversación y a veces a opinar muy juiciosamente por cierto mientras entre ruidos de tazas y grifos abiertos comenzaba en la cocina a hervir el agua para el café.

Tampoco están los dos monumentales cuadros del Servando Cabrera erótico y de Arturo Buergo, respectivamente, que ocupaban media pared encima de una vitrina con libros y cristalerías del recuerdo que estuvieron en la mesa de abuelos y bisabuelos. Ofelia, que parecía entonces una estrella del cine, ha muerto, las niñas se hicieron grandes, y todo lo de aquel tiempo ha desaparecido, empezando por los perros y los cuadros que hoy valdrían una fortuna.

El bullicio de entonces se ha transformado en silencio, pero queda la luz. La luz de entonces. Nostálgico, el poeta se la llevó de La Habana y la instaló en su casa de Las Palmas de Gran Canaria junto con el olor del mar que también se llevó de Cuba y ahora, tal vez como un desafío más que como una sustitución, está más cerca de su casa que antes, porque antes ese mar estaba a una cuadra de distancia, allá en el malecón de la ciudad, y ahora, metida la casa encima de la playa que no se ve desde la sala ni desde la terraza, pareciera estar debajo, ser su suelo móvil, creando así la ilusión de estar (o seguir) el poeta de viaje, como el caracol, de vivir en un trasatlántico que estuviera llegando a unas islas de repente aparecidas en el horizonte que no parecen ser las del archipiélago cubano, aunque quién sabe —quién sabe, a lo mejor, dioses que todo lo podéis.

Y nos miramos. Largamente nos miramos. El poeta, uno de los más sólidos del portentoso siglo xx cubano —edad de oro que vio pasar a un Lezama, a un Baquero y a un Guillén, entre otros lujos de la lengua—, el poeta Manuel Díaz Martínez, digo, me sonrío con esa paz de los que saben querer y están de regreso de todos los mundos, y así seguimos durante años, siglos tal vez, conversando en silencio Manolo y yo hasta que por fin, temiendo morir de recuerdos, rompemos de repente a hablar. Y después, yo que andaba buscando información para un cuento de la vida real que pareciera fantástico, le empiezo a hacer preguntas.

En realidad, aclaremos, ha sido esta una visita hecha con el pensamiento aprovechando mis recuerdos de las dos casas del poeta, la de su actual trasa-

tlántico en Las Palmas y la de la calle Infanta en La Habana, que el viento se llevó. Las respuestas del poeta no, las respuestas me las dio él, vía *e-mail*, contestando un cuestionario que empezaba citando el siguiente texto:

Patria

Una extensión de tierra,
un arco de costa, un mar,
unas casas, unas calles,
tres o cuatro ríos,
un régimen de lluvias,
un jardín, unas montañas,
algunas frustraciones
y quizás una utopía,
un guiso, una canción, un árbol,
una historia en parte emocionante,
una manera de decir las cosas,
los padres que van envejeciendo
en un patio de provincia,
acaso también unos hermanos
que completan la saga familiar,
y unos amigos...
Eso y algo más es patria
si cabe ahí la libertad.
Si no cabe, yo prefiero
morirme de distancia.

RAFAEL ALCIDES (R.A.). *Poeta, el texto con aire de testamento que acabo de citar es tuyo, lo escribiste en Las Palmas de Gran Canaria en un día (o quizá en una noche) de melancolías sin saber que escribías el poema —el Himno— de los exiliados que en el mundo son, han sido o están por ser. Por mudos, olvidemos a los que fueron o están por llegar; y de los actuales ocupémonos tan sólo de los dos millones y tanto de cubanos a los que esos versos les han dado voz. Has tenido la dicha que conoció Bonifacio Byrne cuando, a principios del siglo pasado, escribió los estremecidos versos de «Mi bandera». Si estos por emblemáticos de su tiempo y circunstancia histórica abren el siglo XX cubano, los tuyos por igual razón lo cierran. Sin intenciones de ser grosero, te pregunto: ¿Cuando hace cincuenta años publicabas tus dos primeros libros y te sumías en tareas y sueños que podían tanto enviarte a la cárcel como costarte la vida, se te ocurrió pensar que un día (o una noche) de lo que entonces era el porvenir te sorprendería escribiendo ese texto emblemático? Y de sospecharlo, ¿habrías seguido adelante tratando de cambiar el mundo desde aquellas mismas trincheras?*

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ (M.D.M.). Si hace cincuenta años yo hubiese tenido los conocimientos que tengo hoy, no habría esperado a 1992 para marcharme

de Cuba, y quizás habría escrito ese poema entonces. Por supuesto, me habría ahorrado el tiempo y las energías que invertí en defender aquellas trincheras, en las que puse en zafarrancho de combate mis ilusiones más confiadas. Recuerdo que, conversando sobre este asunto, le dije una vez a Jesús Díaz que la mía —que es también la tuya, Rafael— es una generación frustrada porque pretendió hacer realidad una utopía, y lo pretendió, para colmo, siguiendo a un iluminado que buscaba un feudo. La humanidad es hoy demasiado débil —arrastra demasiadas decepciones y miedos— para sobreponerse a su inmediatez y echarse al monte por nuevas utopías justicieras. Estoy convencido de que, por mucho tiempo aún, quién sabe si por siempre, el mundo sólo nos permitirá escoger entre lo malo y lo peor. El siglo xx, nuestro siglo, que es un humeante depósito de chatarra revolucionaria, nos mostró que, en las bataholas redentoristas, al ciudadano común sólo se le permite ser figurante, mucamo o mártir, o las tres cosas a la vez. Hoy es incuestionable que las únicas «utopías» que han llegado a ser realidades son el desarrollo tecnocientífico y, medianamente, esa ordenación socioeconómica que llamamos democracia. Del avance de la ciencia y de la universalización y perfección de la democracia depende que este infausto planeta (aburrido por reiterativo lo encontraba Chateaubriand) llegue a ser algún día, en su totalidad, razonablemente seguro y confortable. Como ves, algo queda del confiado soñador —»nube en pantalones» diría el pobre Maikowski— que fui hace cincuenta años.

R.A. *En la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) algunas personas que te aprecian y ponderan tu obra en privado se muestran desconcertadas al estudiar tu caso. En el momento de firmar la Carta de los Diez, de 1991 —que a poco, al insistir en no arrepentirte de semejante paso, te obligaría a tener que abandonar el país—, eras una destacada personalidad que desde los primeros años de la anterior década gozabas del perdón otorgado a los integrantes del célebre caso Padilla (estallado en 1971 —también para quienes no estén enterados—, después de tres años de laboriosa incubación). Excepto el propio Heberto Padilla, que le diera nombre y que había abandonado el país en 1980, y Lezama y Virgilio, que murieron a fines de la década del 70, cuando todavía ni los más imaginativos se hubieran permitido la licencia de ponerse a soñar con el perdón, y luego, tú mismo, excepto ellos y tú, dicen esos estudiosos de tu curioso caso, el resto de los integrantes del caso Padilla —nominados originales y salpicados posteriores—, todos, sin excepción, son hoy premios nacionales de literatura, han sido condecorados reiteradamente con órdenes del máximo rango, viajan, publican, salen en la TV, les son dedicadas ferias del libro y tienen lo que tenían que tener, como malicioso resumiría estas restituciones Nicolás Guillén. ¿Qué pasó entonces que te desmoronaste de pronto? Esas personas no lo entienden. Aguantas como un varón cuando eres un desterrado en tu propia tierra, y de repente, al llegar el tiempo de la dicha, sales huyendo. ¿Es que no estás preparado para ser feliz, Manolo Díaz Martínez?*

M.D.M. Es que hay felicidades que no me hacen feliz. Me deprimiría insoportablemente que se recompensara mi obediencia cuando lo que apetezco es desobedecer. El placer que sentí cuando me rebelé contra los poderes que en Cuba, en 1991, intentaron pisotearme en lo político y humillarme en lo personal, y que lo habían conseguido en 1968, es indescriptible y sólo comparable al que me embarga cada vez que me detengo a pensar que ya esas potestades no pueden tiranizarme por más que quisieran. Te repito algo que dije en mi relato del caso Padilla: para mí, no hay premios como la devoción de un lector y la ojeriza de una dictadura. Y yo, *hic et illic*, he recibido y sigo recibiendo tales galardones.

R.A. *Primero fueron trece años largos sin que en tu patria se pudiera pronunciar tu nombre y dieciséis sin que pudieras publicar; después pierdes la patria donde convertidos en humo dejas los grandes sueños de un día, después, ya en el exilio, pierdes, primero, a la madre anciana que habías dejado en Cuba al cuidado de tu padre, quien no obstante sus años, tus desdichas y su milenaria experiencia seguía siendo un esforzado comunista de filas; después pierdes sorpresivamente a Ofelia, la esposa que fuera musa de poemas que han enriquecido la poesía de amor cubana, y después pierdes al padre que, viudo y sabiéndote sorpresivamente viudo, había volado a Las Palmas de Gran Canaria a acompañarte y a acompañarse; y después de tantos después ahora tienes ya casi setenta años y estás gordo y fumas como un trastornado y no eres de los que beben para olvidar. Demasiadas desgracias, aun para un poeta. Sin embargo, desorientando a todos, al resumir la historia de tu vida, la has titulado con cierta elegancia deportiva, se diría que con indiferencia absoluta, Sólo un leve rasguño en la solapa (AMG Editor, Logroño, 2002). Dime, ¿eres de hierro o qué?*

M.D.M. A esta pregunta contestaré con un poema de mi último libro, que es la mejor respuesta que te puedo dar:

Aprendiendo a vivir

Así como me ven,
canoso y reticente,
propenso a la lágrima más inoportuna,
al sollozo en los sitios más inapropiados,
no hago otra cosa que olvidar:
me paso las mañanas olvidando,
las tardes olvidando,
las noches olvidando.

He alcanzado una cierta maestría en el oficio
y tengo acumulada
una satisfactoria cantidad de olvidos.

Dios no me quite el coraje de olvidar,
Dios no permita que lo odie.

R.A. *Y hablando de autobiografías, la tuya, la que te acabo de mencionar, está tan esterilizada, tan poco contaminada con las intimidades de su autor; tan ocupada casi solamente por el hombre civil que eres, que me dio la impresión de ser no una autobiografía pudorosa, sino una declaración pública, escrita en la madurez, para ser leída ante un tribunal invisible explicando las poderosas razones que te llevaron a firmar —en un día de locuras, han dicho algunos— la Carta de los Diez, que te convertiría en un caracol en el camino [Un caracol en su camino, antología personal de Díaz Martínez, Editorial Aduana Vieja, Cádiz, 2005]. ¿Hay, como me imagino, una segunda parte de esa autobiografía oyendo detrás de la puerta?; ¿la parte del Manolo hijo, digamos, el Manolo novio llegando con el poema del día en el bolsillo, el Manolo padre, el Manolo amigo de sus amigos y, entre otros Manolos, el definitivo, el Manolo poeta hundido en su taller de agonizar y volver a renacer; recordando, caminando a ciegas o soñando, según pasado, presente o futuro ocuparen la página medio en blanco donde en busca de un consonante o del remate de un verso se hubiera detenido a pensar el poema? ¿La hay?*

M.D.M. Sí, hay una segunda parte. Estará ocupada por episodios de mi exilio en España, que dura catorce años. Como en la primera, en la segunda tendrá escasa presencia mi vida privada, de la que contaré algunas cosas de cierto interés general. En realidad, no estoy escribiendo una autobiografía, sino una colección de viñetas en las que atrapo recuerdos puntuales que pretendo arrojen alguna luz, proyectada desde abajo, desde *la petite histoire*, sobre el pedazo de historia cubana que me ha tocado disfrutar y sufrir. De ahí que hable de mí y de mi entorno, pero del entorno que puedo exponer como testigo ocular. Así, hago «instantáneas» de personajes que traté y refiero sucesos en los que intervine. *Un leve rasguño en la solapa* no es un libro de historia, ni de crítica literaria, ni una crónica social o costumbrista. Es un breviario de vivencias, vivencias que divulgo porque pueden ayudar a alguien a entender mejor el tiempo cubano que me tocó en suerte. ¡Menudo tiempo! Por cierto, el impulso para escribirlo lo recibí de dos inolvidables amigos que, para desolación mía e infortunio de la cultura cubana, no viven ya: Jesús Díaz y Antonio Benítez-Rojo.

R.A. *Si te fuera dable reescribir el pasado, o mejor (por soñar cosas posibles), si en el mundo de los sueños te diera por reescribir el pasado, ¿cuál o cuáles partes de la Revolución Cubana de 1959 cambiarías y cuáles dejarías en pie?*

M.D.M. Quitando el aquelarre de fusilamientos que reprodujo en la isla las degollinas de Robespierre, dejaría casi intactos en lo demás los dos primeros años de la revolución, que son los más ilusionados de mi vida civil; los otros, hasta el día de hoy, los transformaría radicalmente, haciéndolos coincidir, cuando menos, con el Programa del Moncada y las promesas iniciales del ilusionista político que es el domine Castro —epígono aventajado de aquel Cabra quevedesco—, a quien los cubanos que creímos en la revolución y le arrimamos el hombro jamás podremos perdonar que nos hiciera el juego del tocomochó, ese que en Cuba llamamos de las tapitas.

R.A. *Enmendándole la plana a Bécquer, quien decía que «podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía» (te estoy citando) afirmas en tu libro del año pasado Paso a nivel, que «la poesía no mana del jardín, sino del jardinero». Luego entonces, digo yo, el jardín, que no crea la poesía, crea, sin embargo, al jardinero, ya que sin jardín no podría concebirse al jardinero. Pero por evidente, no ha de ser eso lo que querías decir. Te pienso más bien ideando (o sintetizando) la solución a un viejo problema estético, «solución-Díaz Martínez», según la cual sin la concurrencia de esa misteriosa mezcla con algo de TNT, mecha y chispa que son el jardín, el jardinero y la poesía no habría poema ni obra de arte alguna. ¿O me equivoco? ¿Quisieras extenderte al respecto?*

M.D.M. Los románticos —metafísicos, panteístas— proclamaban la inmanencia de lo bello y, por extensión, de la poesía. Ésta reside en las cosas, pensaban, y poeta es una suerte de médium, el elegido que la descubre y revela gracias a un don infuso llamado inspiración. Ahí tienes a Bécquer asegurando que siempre habrá poesía, aunque no haya poetas. ¿Y siempre habrá escultura, aunque no haya escultores? La poesía, que es lenguaje —trabajo, decía Baudelaire—, es obra conjunta de la experiencia, la emoción y el intelecto, y de la pasión, sin la cual, según Hegel, nada grande hemos creado. Y la belleza es un valor cultural que forjan los sentidos y el entendimiento y ocupa sitio en los idearios. Lo perverso y lo horrendo pueden ser poesía, y los propios románticos se encargaron de demostrárnoslo. Como sabemos, el ideal de belleza muta con las épocas, con las civilizaciones, con los hombres, según su espacio histórico y su experiencia personal, y muta porque lo bello no es una propiedad de las cosas, una verdad ontológica. La belleza es subjetiva. Marinetti, desde sus obsesiones futuristas, encontraba más bello un automóvil que la *Victoria de Samotracia*, y a mí nunca me seduciría, eróticamente, la *Venus Hotentote*. Hasta Marcelino Menéndez y Pelayo, un católico tan conservador, llegó a decir, rechazando la pretensión platónica de que el artista se limite a reproducir modelos ideales sin modificarlos, que el verdadero mundo del arte es el mundo individual, o sea, el de la creación humana. Después de esta monserga que te he encajado y volviendo a la alegoría del jardín y el jardinero, subrayo que aquel no es previo a éste. La naturaleza no ha parido jamás un jardín japonés.

R.A. *El otro día me pareció verte en la calle 23 ya próximo a doblar por Infanta, sin duda dirigiéndote a tu casa de antes. Ibas con la prisa de quien va a almorzar. Probablemente, tenías que regresar enseguida a redactar notas anónimas en aquella emisora de radio donde las autoridades te escondieron durante años cuando estabas prohibido. No sé si fue el fantasma de tus sueños desandando tus pasos en La Habana de aquel tiempo o fue el de mi recuerdo viéndote padecer mientras pasaba la juventud para no volver, pero te vi, neto. ¿Te estoy soñando, o será que estás soñando volver a Cuba...? Y me pregunto, Manolo, si se dieran las condiciones para volver (las únicas condiciones en que aceptarías volver, ya lo sé), ¿te quedarías entonces a vivir en Cuba? ¿O, tal vez, los años de exilio transcurridos te han convertido en un irredimible canario institucionalizado?*

M.D.M. Una de las perrerías del exilio es que, cuando llevas años viviendo en el país que te acogió, arraigas en él, por lo cual regresar a tu tierra de origen significa volver a exiliarte. Llevo catorce años en esta ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, recorriendo sus calles, haciendo amigos y enemigos, trabajando, compartiendo con sus gentes afanes, ilusiones, problemas, cabreos, y todo esto pesará en mi memoria si algún día me voy de aquí. ¿Cómo olvidarlo? Aquí, además, murieron mi padre y mi mujer, de modo que a este grumito de tierra atlántica ya me atan por igual la vida y la muerte. En Canarias he vivido y vivo en libertad y respetado, incluso querido por mucha gente, por consiguiente, tengo patria en Canarias. Cuando yo estaba recién llegado, unos estudiantes de la Universidad de Las Palmas me preguntaron si las circunstancias políticas de Cuba me habían convertido en un poeta desarraigado, y les respondí que no porque podemos alejarnos de las raíces que echamos en un lugar del mundo, pero siempre nos acompañan, adondequiera que vayamos, las que ese lugar echó en nosotros. ¿Regresar a Cuba cuando cambien las cosas? Si mis hijas regresan, sí. Pero me temo que no van a regresar.

R.A. *De nuevo en el mundo de los sueños, si cuando te mueras te mandaran allá arriba (o allá abajo) nacer otra vez y te fuera dado, además, escoger profesión, ciudadanía y año de nacimiento, ¿volverías a ser poeta? ¿Escogerías nacer en Cuba? ¿En qué año, Manolo?*

M.D.M. No, nada de eso: le rogaría al programador de natalicios que me dejase en lista de espera. Pero ni así se libra uno de la sevicia. Tengo entendido que a los que evaden nacer de nuevo los obligan a leer y releer *sine die* las odas indigenistas de Ernesto Cardenal o los escolios bolivarianos de Hugo Chávez.

R.A. *¿Algún mensaje para quienes nos hemos quedado en este otro lado del planeta deseándote un feliz 70 cumpleaños cuando llegue el 13 de septiembre y la justicia, por fin, la justicia del Premio Cervantes un día de estos?*

M.D.M. Lean *Encuentro* siempre que puedan, y dejen de fumar. Recuerden que no se debe fumar en lugares cerrados.